

palabras, charadas, triquiñuelas, etc., etc., completan la obra de Vilches Acuña, quien durante años, seria y constantemente, ha hecho la búsqueda de todo su material presente, que podría ser mayor.

El último Premio Científico "Atenea", 1954, se le otorgó a este mismo autor por su tratado de *Semántica Española*, lo que nos evita mayores presentaciones, ya que con ello demostró su profundo conocimiento del idioma, que con lo actual, sus "Curiosidades", lo sitúan en la vanguardia de los estudiosos y profesores en la delicada y compleja materia que nos ocupa.

Cabe, como final de este breve comentario, hacer notar el capítulo "Armonía Imitativa", que es una selección de estrofas, párrafos y frases de diversos autores, que demuestra, ante todo, el buen gusto del profesor Vilches, a quien el hecho de bucear en lo hondo o curioso del idioma, lo ha hecho tolerante al par que limpio y depurado espiritualmente.—C. M.

■

"EL VADO DE LA NOCHE", de *Lautaro Yanqas*. Novela. Editorial Zig-Zag

La preocupación de nuestros lectores por los motivos o el tema araucano no ha sido, en general, excesiva ni mínima. De una u otra manera, la gran mayoría ha debido acercarse a la tradición motivada por los araucanos. Y de este modo, han existido notables y pequeños chispazos que han recogido, consciente o inconscientemente, parte del peso enorme legado por el poema de Ercilla.

No ha sido ajeno a este fenómeno el hecho de que novelas chilenas de alguna importancia —*Ranquil, Frontera, Roble Huacho*—, tengan por ambiente la parte geoméricamente central de nuestro territorio, o sea, donde Arauco vivió, luchó y padeció.

En otro sentido, la integración de Arauco a la psicología nacional han recabado de nuestros escritores continuas alusiones a los personajes de Ercilla y de ello no han escapado ni siquiera aque-

llos cuya tendencia pareció buscar sólo la resonancia urbana o cosmopolita.

No obstante, la novela indianista, aquella cuya temática y cuya trascendencia derivara exclusivamente de los araucanos, sólo se encuentra de un modo cabal en Lautaro Yankas.

De acuerdo al juicio de Ricardo Latcham, estampado en una publicación hecha en la revista "Estudios Americanos", Sevilla, marzo del año pasado, "la crítica no ha concedido a Yankas la importancia que merece, pero es seguro, afirma, que se le hará justicia pronto en una revaluación ceñida de la novelística nacional".

Cuando Latcham pensaba y escribía el juicio citado, Yankas no había entregado aún *El vado de la Noche* y su obra *Flor Lumao*, siguiendo el juicio de Latcham, era "lo mejor en Chile para enfocar el problema de las relaciones entre los colonos del sur y los indios araucanos".

Pero ahora, luego de la aparición de *El vado de la noche*, dicho juicio "queda antiguo".

La última obra de Yankas viene a situarlo de un modo sólido en nuestras letras y a conjugar en torno a ella el vigor de la tradición y el valor del estilo. Es decir, ha sabido aunar en su novela no sólo virtudes de orden estrictamente literario, sino que además ha dado a su obra una trascendencia que afinca hondo en lo nacional y en la psicología total de un pueblo que miró y contempla a Arauco como una raíz.

Las discusiones que puedan suscitarse sobre el problema de Arauco, mito y realidad, no alcanzan a rozar ni disminuir la importancia de *El vado de la Noche*.

Y ello por razones simples: Yankas ha tangenciado los problemas de orden periférico y su novela, que posee también la anécdota, incide principalmente en considerar simbólicamente no sólo el ancestro, sino también las relaciones que han derivado de las actitudes del pueblo araucano, proyectándose sobre lo nacional.

Estimado criollista o indianista, Yankas sobrepasa en realidad las dos definiciones.

Ya en el estilo, mezcla y fusión feliz de prosa y elementos poéticos puros, el escritor desborda moldes y acentúa con firmeza una personalidad ajena a convencionalismos y tendencias.

En *Flor Lumao* estas características se hicieron presente de un modo impuro. Aún logrando fluidez, sus frases parecían de súbito desligarse y hacerse individuales.

En *El vado de la Noche*, en cambio, la depuración y el castigo de las frases entrega una prosa rica, tanto en conceptos como en imágenes y de aquí una obra cuya estructura no se triza ni resquebraja en ningún momento. Fluye transparente, sin altibajos por causas de metáforas que el escritor gusta de intercalar a modo de grafismos expresionistas o arrebatos líricos de personal creación. Hay ejemplos claros.

Dos carabineros avanzan por el camino, en medio de la noche, cabalgando. Desde las sombras los acecha Carmona, un bandolero, y un compañero. De súbito... "Sonaron dos balazos a un tiempo, encima de la pareja; luego otros, netos, resueltos, y el silencio se rajó en relinchos" (pág. 66).

Yankas busca el contraste para acentuar el dramatismo de algunas situaciones. Su sentido del drama no requiere de largas explicaciones. Al contrario, con una sola pincelada da el toque justo.

Y esto, debido a que su prosa sabe enriquecerse con la imagen decidora.

Más adelante, Yankas apunta: "En el silencio cargado de apetitos estalló el grito del enfermo" (pág. 90).

¿Cabe pedir más...?

Ya en el terreno de la descripción, del detalle expresivo, fenómeno sobre el cual han lanzado especiales balazos los críticos del criollismo, Yankas también sabe crear y dar forma a la síntesis, no eludiendo en ella la consecuencia lógica entre tema general y detalle particular o de circunstancia.

Este hecho es del mayor interés y muestra la unidad absoluta de la obra del autor de *El vado de la Noche*, a través de toda ella.

Ha muerto un indio de cierta importancia y vienen los rituales.

Entre éstos, un galope desenfrenado de caballos. Y el escritor apunta breve y justo: "El campo tembló como un cultrún castigado" (pág. 106).

De igual manera, el contraste se hace de nuevo presente cuando una multitud de indios marcha hacia Galvarino a pedir reivindicaciones y ayuda. Se trata de una masa informe que aparece indefensa, casi castigada por una naturaleza indiferente y muda.

De nuevo, entonces, surge el grafismo preciso: "El sol trepaba grandote delante de ellos, mirándolos con su soberbia de dios ebrio" (pág. 164).

El personaje central de la obra *El vado de la Noche* es Arauco. El Arauco actual, el que ha sido arrinconado en sus antiguos reducos y aun reducido a espacios mínimos.

Pero tras él está la tradición, la gigante aureola de caciques y toquis que dieron especial vitalidad a un ancestro trascendente.

Yankas no desea detenerse en la circunstancia del presente y conjuga entonces personajes disímiles, pero unidos por común denominador: la raza. Emergen así José Quitral, el "pie" que permite dar curso a la trama, y Trarilonco, el símbolo, el resabio mítico de una raza que no desea morir y que aún encuentra, aunque sólo sea a ratos breves, un mirador hacia el futuro.

En José Quitral está el arresto circunstancial del pasado. En Trarilonco la voz preñada de experiencias y sabia en sus decires. La asimilación y la comprensión de un destino marcado por la historia. Ante ésta, sólo el récueto, la revisión, el discurrir preparatorio a otras actitudes futuras que el fatalismo engendrado por siglos de lucha estéril no ha conducido a nada...

Todo concluirá entonces en símbolo.

Sobre la simbología de la obra de Yankas podría hablarse largo. Ahí está la voz de Trarilonco, que se consume en un incendio inmenso provocado por él y que parece buscar la siembra por todas partes de las cenizas de Arauco, del alma de Arauco.

Ahí, también, el cerco que limita con dos paralelas la anchura de los antiguos caminos, creando horizontes nuevos, hostiles, pro-

ductos de una civilización que sólo parece buscar el castigo y el sometimiento del indio.

Junto a esto, en medio de todo esto, soterrado, semioculto, en entrega tímida y sigilosa al ansia del indio, "el vado de la noche", la última oportunidad, el único resquicio para encontrar, paradójicamente, una nueva luz de vida, un porvenir más amplio.

La última novela de Lautaro Yankas, síntesis cabal de un fenómeno histórico y social chileno —o más aún: americano—, cierra un ciclo que el autor iniciara con *El último Toqui*, continuara con *Flor Lumao* y que aquí, ahora, circunscribe todo el devenir de Arauco en una obra donde la épica se hace sentido esencialmente humano y donde las generaciones venideras han de encontrar siempre la voz viva de la raza.—*José María Palacios.*



"PROBLEMAS FUNDAMENTALES DE FILOSOFÍA", de *Enrique B. Pita.*  
Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1952

Es un libro de palpitante actualidad. El autor, decano del Instituto Superior de Filosofía del Colegio del Salvador (Buenos Aires) y profesor de la Facultad de Filosofía del Colegio Máximo de San Miguel (Argentina), desarrolla los temas filosóficos fundamentales sin hacer propiamente un texto de filosofía. Es una serie de capítulos tratados con profundidad, claridad de pensamiento y expresión, concisión y ecuanimidad unida a una notable libertad y originalidad. La mesurada inteligencia del autor enfoca grandes capítulos de la filosofía: problemas del conocimiento, de las condiciones de la filosofía, de la búsqueda de Dios, de valoración moral. No haremos un examen de todas las cuestiones englobadas en cada uno de estos capítulos.

La filosofía, según Pita, es de todos, va al universal, al ser. Lo contingente no se puede entender sino como un caso de lo universal y lo universal se nos ilumina con la objetividad de lo concreto: el